



El Rey busca el fruto que le pertenece

Es mucho lo que el hombre ha recibido de su Creador, así como mucho fue lo que recibió Israel de su Dios; por tanto, no culpe de ingratitud e indiferencia al pueblo que rechazó a su Mesías sin analizar qué ha hecho con aquello que Dios le ha dado para su bien.

Ante la figura difusa e inestable que el hombre se ha formado de un ser supremo que él ha llamado dios, levanta su mano y desafiante grita: ¿Por qué hay tantas guerras? ¿Por qué se repiten tantas escenas de hambre, destrucción y muerte? ¿Por qué nuevas enfermedades azotan al hombre y la violencia cubre la tierra?

¿Por qué? pregunta, y no hay respuesta.

Cierto día una mujer recibió como regalo un rosal; venía aún en su bolsa de cultivo, esperando ser trasplantado a un macetón y ser cuidado con cariño...

Los días pasaron y la mujer hizo un convenio con la planta: si tú me das rosas, le dijo, yo te doy agua; si tú llenas de fragancia mi casa, yo te pondré en un macetón con artesanado de plata.

Y el rosal allí quedó, sus raíces envueltas en una bolsa negra y sus hojas cayendo al suelo como única respuesta.

Pero, la mujer quería rosas, no hojas, así que, siguió la espera...

Ya perdida la paciencia; un día, aquella mujer le grita: ¿dónde están tus rosas, dónde tu fragancia? ¡Quieres que yo haga algo por ti y tú por mí no haces nada! Sólo das polvo y hojas que el viento hace volar por mi casa...

La mujer ve el tallo enjuto donde las espinas se yerguen aún más altas, sus labios se retuercen, están a punto de proferir una maldición... Pero la voz de un viejo sabio le dice: "Esto pasó, porque no le diste ni un vaso de agua... La ley de la vida te dice: Hay que dar para recibir".

El hombre pide, demanda, arrebatada, pero no está dispuesto a dar. El hombre ve las hojas muertas y la tierra convertida en polvo, siente la contaminación que invade su entorno y quiere culpar a Dios de la envidia, el orgullo y la pasión que son cual las espinas que se yerguen del tallo enjuto del rosal, que no son más que el amor que ha muerto por no haber sido regado por una lágrima o una gota de sudor.

Y si acaso se acerca aún más, egoísmo y violencia es lo que queda visible de esta raza humana que ya no es más que una vara seca, destinada al fuego y cubierta de espinas lacerantes. Todo, porque no se entendió la regla de la vida: Hay que dar para recibir; y Cristo es el máximo ejemplo (Hechos 20:35).

Demos, pues, el "un vaso de agua" en el nombre de Cristo. Tendremos nuestra recompensa y Dios será glorificado (Marcos 9:41).

Este es el fruto que Cristo busca de los suyos, y de usted.